

## CAPITULO VII.

LOS BARBAROS.

De 395 á 414.

Arcadio, emperador de Oriente, Honorio de Occidente.—Debilidad de estos dos príncipes.—Irrupcion de bárbaros en el imperio.—Los godos. Alarico.—Sus primeras invasiones por Oriente.—Invade la Italia.—Es derrotado dos veces por Estilicon, ministro y general de Honorio.—Se retira.—Nueva irrupcion de bárbaros. Vándalos, suevos, alanos, borgoñones, godos.—Gran derrota de los bárbaros en Florencia.—Emperadores intrusos en las Galias y en España. Guerras civiles.—Nueva aparicion de Alarico en Italia.—Sitio de Roma.—Impuesto que exige á la ciudad. Humillacion de los romanos.—Segundo asedio de Roma por Alarico. Obliga al senado á aceptar un emperador que él nombra.—Sitia Alarico á Roma tercera vez.—Entran los godos en la ciudad de los Césares.—Horroroso saqueo y destruccion de estátuas y de preciosos objetos artísticos.—Manda Alarico respetar los templos cristianos. Conduce en procesion los vasos sagrados.—Retirada de Alarico.—Su muerte.—Sucédele Ataulfo.—Su matrimonio con Placidia, hermana del emperador romano.—Ruptura entre Ataulfo y Honorio.—Invasion de los bárbaros en España. Vándalos, suevos, alanos.—Gran desolacion en España.—Repártense las provincias.—Venida de Ataulfo y de los godos.—Disolucion moral del imperio romano.—Se inicia en España la dominacion de los godos.

Un solo hombre habia estado deteniendo la caida del imperio. Muerto este hombre, el viejo y minado edificio iba á venir á tierra, parte desmoronándose, parte desplomándose con estrépito.

Parece que la Providencia no queria dar á cada familia imperial sino un nombre ilustre, para que los grandes de la tierra no se envanecieran. Marco Aurelio, modelo de príncipes, dió al mundo un hijo, tipo de corrupcion y de perversidad. Los hijos de Constantino estuvieron lejos de heredar la grandeza de su padre; y al gran Teodosio le suceden sus dos hijos Arcadio y Honorio, el primero pequeño, miserable y estúpido, el segundo desidioso, ligero y desatentado: Arcadio dominado por una muger y por un eunuco, y Honorio entregado á un tutor de la raza alana, y contento con casarse sucesivamente con las dos hijas de Estilicon, que supo aprovecharse bien de la inercia y de la imbecilidad de su imperial yerno. Tales eran los dos soberanos del imperio en la ocasion en que mas hubiera necesitado éste de manos robustas y vigorosas.

Los bárbaros habian estado contenidos por Teodosio como un torrente detenido en su marcha por un fuerte dique: roto el dique con la muerte de Teodosio, el torrente se desborda y precipita. El godo Alarico de la familia de los Baltos, que quiere decir osado y valiente, la mas ilustre entre ellos despues de la de los Amalos; Alarico, que habia sido aliado de Teodosio, y elevado por él al empleo de maestre general de la milicia, con pretesto de verse mal recompensado por la córte de Arcadio, sale del territorio que ocupaba, y con sus masas de godos invade y



devasta la Tracia, la Dacia, la Macedonia y la Tesalia (396). Pasa el desfiladero de las Termópilas y penetra en la Grecia. El país de los sabios y de las bellas ficciones ve hollados sus campos y sus ciudades por las plantas de los bárbaros, que siembran el espanto y la desolación desde el golfo Adriático hasta el mar Negro. Arcadio asombrado concede á Alarico la soberanía de la Iliria, y sus hordas le proclaman rey con el título de rey de los visigodos. De este modo se encuentra ya establecido un nuevo poder en el antiguo imperio.

Alarico, ya rey, medita otra expedición. Esta vez la nube va á descargar sobre el Occidente. El jefe de los visigodos endereza sus pasos á Italia (402), que se llena de terror al saber que ha traspuesto los Alpes Julianos. El ruido de la tempestad despertó á Honorio, que permanecía adormecido en el palacio de Milan. Su primer pensamiento fué huir, y hubiéralo hecho á no haberle detenido Estilicon, que se encargó de reunir por sí mismo un ejército para hacer frente al formidable bárbaro. El tutor de Honorio encontró al ejército godo acampado en Polentia. Era la fiesta de la pascua, y aquellos godos, cristianos ya, rehusaban entrar en combate por respeto á la festividad (1). No tuvo Estilicon el mismo miramiento, los atacó, y les causó una completa derrota (403). Cayeron en su

(1) Claud. de Bell-Getic.—Orosio, lib. VII. cap. 37.

poder la esposa y los hijos de Alarico, que al fin le fueron devueltos á condición de que saliera de Italia, recibiendo además una pensión del soberano del imperio. Todavía quiso Alarico sorprender á Verona, pero noticioso de ello Estilicon, cayó otra vez sobre él de improviso, y le derrotó de nuevo. Entonces Alarico con el resto de sus hordas se resolvió á salir de Italia. Ya un alano, Estilicon, era el único capaz de defender el imperio de Occidente contra otros bárbaros, que enseñaban á Italia la facilidad con que se franqueaban sus barreras.

Por más que Honorio pasara á Roma á hacer un vano alarde del triunfo en que ninguna participación había tenido, ya no se contempló seguro ni en Roma ni en Milan, y sin perjuicio de fortificar los muros de la ciudad del Capitolio tuvo por más prudente ir á cobijarse en Ravena.

Ni el temor había sido infundado, ni inútiles las precauciones. No habían pasado dos años cuando de las riberas meridionales del Báltico se desgajaron precipitándose sobre Italia más de doscientos mil guerreros, vándalos, suevos, borgoñones, que reforzados por el camino con otras hordas de godos, de alanos, y de otras razas y tribus, mandados todos por Radagaso, cruzaron la Pannonia y los Alpes, salvaron el Apenino, y talando las campiñas y las ciudades etruscas, pusieron sitio á Florencia (405). Allí acudió también el bravo Estilicon con treinta legiones, llevando



igualmente en ellas muchos bárbaros auxiliares. La batalla que se dió fué terrible y sangrienta. Estilicon volvió á quedar victorioso: dicese que murieron hasta cien mil de los invasores: Radagaso fué hecho prisionero y decapitado: muchos de los que fueron vendidos como esclavos perecieron pronto, no acostumbrados á aquel clima (406).

Estilicon, que ya no cuidaba sino de preservar la Italia, deja á los suevos, los vándalos y los alanos descolgarse sobre las Galias, donde pelean con los francos, y devastan por espacio de tres años el país. La nube que España vió levantarse á lo lejos, allá en el Norte en tiempo de Decio, va aproximándose á su horizonte, y ya se oye mas de cerca el ruido del trueno.

Aprovechando el general desórden las legiones de la Gran-Bretaña, nombran emperador á un tal Marco, pero le asesinan en seguida para reemplazarle con Graciano, quien á su vez sufre á los pocos meses la misma suerte, y es sustituido por un soldado llamado Constantino, que sin duda por una miserable imitacion del gran príncipe de su nombre llamó tambien á su hijo Constante, y le decoró con el título de César (407). Pasa Constantino á las Galias, y se apodera de una gran parte de aquel territorio que Honorio no podia ya defender. Franquea Constante los Pirineos con objeto de hacer reconocer á su padre en la Península española. Alármase una parte del país: dos

ilustres españoles hermanos, Didimio y Veriniano, de Palencia, de una familia ligada con la de Teodosio, toman las armas en defensa del soberano legítimo; pero batidos por Constante y hechos prisioneros, son conducidos á Arlés, donde Constantino tenia un simulacro de córte, y pagan allí con la vida su devocion á la familia imperial. Estos triunfos valieron á Constante el título de Augusto que compartió con su padre. En esto Geroncio, á quien aquel habia dejado encomendado el gobierno de España, se subleva tambien contra Constantino, y con las tropas que tenia á sus órdenes y con el auxilio de los habitantes de los vecinos países, proclama emperador á un tal Máximo; nuevo desórden, y nueva guerra: así se jugaba ya con la púrpura.

Mientras tales contrariedades experimentaba el débil Honorio en Bretaña, en las Galias y en España, vuelve á aparecer en las fronteras de Italia el feroz Alarico al frente de nuevas bandas guerreras, tan imponente como si antes no hubiera sufrido revés alguno (408). Esta vez se presenta el bárbaro aparentando respetar á Honorio, y prometiendo marchar á las Galias contra Constantino, siempre que le den dinero y le cedan la soberanía en alguna provincia occidental. Estilicon, que traia en su mente proyectos sobre los estados de Arcadio, acoge ahora la amistad del rey godo, y arranca al senado el consentimiento de entregar á Alarico cuatro mil libras de oro y de



encomendarle la defensa de las fronteras italianas. Este proceder de Estilicon le atrae el resentimiento de las legiones que así se veían postergadas, é irrita á algunos senadores que todavía conservaban un resto de energía y de amor patrio. Explota estas disposiciones un tal Olimpio, y á una señal suya las tropas romanas degüellan á todos los amigos de Estilicon: él se refugia á Ravena, se acoge á los altares, es arrancado del sagrado asilo, y con su hijo Eucherio es condenado á muerte, que sufre con la misma serenidad y valor que había mostrado en las batallas.

¿Quién puede detener ya á Alarico? Nadie. Las tropas auxiliares de Honorio que solo servían en las filas romanas por afecto á Estilicon, se pasan á las del rey godo en número de treinta mil. Con esto el bárbaro no vacila ya sobre el partido que ha de tomar. Ya no hay para él compromisos de amistad ni de alianza; habla á sus hordas de los ricos despojos que encierra la antigua capital del mundo; levanta su campo; marcha de ciudad en ciudad, y pronto coloca sus tiendas ante los muros de Roma. «¿A dónde vas?» —le había preguntado en el camino un ermitaño.— «Dios lo sabe, respondió Alarico: *siento dentro de mí una voz secreta que me dice: Anda, y ve á destruir á Roma.*» Cerca de setecientos años hacia que Roma no había visto acercarse á sus puertas ejércitos estrangeros. ¡Cuán otra era Roma cuando vió flotar las

banderas de Cartago! ¿Quién resistirá ahora á este Anibal del Septentrion? ¿Qué se han hecho los Fabios y los Escipiones?

Un riguroso asedio va reduciendo á la inmensa muchedumbre que se albergaba en la ciudad de Rómulo al extremo de apurar hasta los alimentos mas repugnantes. Estenuadas del hambre se caían ya las gentes, y los cadáveres infestaban las calles y las plazas. De la ciudad que había enseñoreado todo el orbe, salen dos diputados á pedir la paz á un rey bárbaro. Todavía trataron de infundirle algun respeto diciéndole: «*Mira que aun hay en Roma inmensa muchedumbre de gente.*—*Mejor,* contestó el bárbaro, *cuanto mas espesa nace la yerba mejor se corta.*» Y les pide todo el oro y toda la plata y cuantos objetos preciosos encierra la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros.—*Entonces,* le preguntaron los diputados, *¿qué nos dejas?*—*La vida,* les contestó Alarico. Tasóles al fin la contribucion que habían de aprontarle, reduciéndola á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, y otras tantas de pimienta, cuatro mil túnicas de seda y tres mil piezas de púrpura. No pudiendo los romanos completar el precio del rescate, acordaron despojar las imágenes de los templos, y fundieron las estátuas de oro de la *Virtud* y del *Valor* <sup>(1)</sup>. Así derriban ellos mismos sus ídolos: y en

(1) Zosim. lib. V.